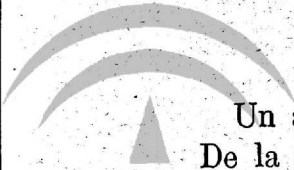


Ruy-Gomez despertando  
Absorto vió que sueño había sido  
Toda la historia esa:  
Y hallóse con espanto y con sorpresa,  
Bajo la reja de su amor, tendido.  
—«¿Qué es esto, santo cielo?»  
Confuso esclama por doquier mirando  
Con sin igual anhelo;  
—«¿Es esto realidad ó estoy soñando?....»

Y entonces vió que la rosada aurora  
Apareciendo pura por Oriente,  
Su lumbre derramaba bienhechora  
En los dormidos campos dulcemente.  
Que todo sonreía,  
Que era todo ventura y alegría.  
El sol se adelantaba  
En su espléndido carro luminoso;  
El avecilla cándida entonaba  
Dulce canto sencillo y amoroso;  
La fuente murmuraba;  
Entreabría su cáliz oloroso  
La flor modesta y pura,  
Y toda la natura  
Contento respiraba,  
Y al Divino Hacedor de su hermosura  
Un himno sacrosanto levantaba.

## VI.

### Conclusion.



Un año despues, lector,  
De la aparicion divina,  
En la Cartuja un novicio  
El hábito se vestía.  
Mil curiosos presenciaban  
La ceremonia que admira,  
Pues era el severo monge,  
¿Quién sospecharlo podria?  
El constante pendenciero  
Que entre amorosas conquistas  
Siendo escándalo de todos  
Ha poco tiempo vivía.  
El que rondaba las rejas  
A cristianas y moriscas,

De padre, hermano ó marido,  
Cual eterna pesadilla.  
Era aquel, que á sus locuras  
Fama sin igual debia;  
Era el Sacristan Ruy-Gomez  
El de las audaces riñas.  
¡Oh! que el sueño misterioso  
Mucho á su alma diría,  
Cuando en cláustro solitario  
Sepulta humilde su vida.  
Y diz que ya penitente  
De ejemplo santo servía,  
Siendo su virtud severa  
Por todos reconocida.

En el buen convento, que  
Santa Isabel patrocina,  
Una jóven profesaba,  
Tal vez en el mismo dia.  
En el mundo la nombraron  
Mientras mora fué, Zulima;  
Y hora en el claustro cristiana,  
Todos la llaman Maria.  
¡Ay! que la vision nocturna  
Tambien supo la morisca  
Renunciando para siempre  
La vanidad de la vida.  
Y ya religiosos ambos



JUNTA DE ANDALUCIA

Conservatorio de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERIA DE CULTURA

Allá en su estancia tranquila,  
Tan solo á Dios se entregaban  
El Sacristan y la niña.

Algunos años mas tarde  
Bajo dos losas sencillas  
Sobre las cuales sus ramas  
Lánguidos sauces inclinan,  
De aquellos tristes amantes  
Se encerraban las cenizas,  
Y brotaban sobre ellas  
Las campestres florecillas.  
La lámpara mortuoria  
Que estas tumbas ilumina,  
Es el ástro de la noche  
Cuando en el espacio brilla.  
El llanto, el puro rocío  
Que grata la aurora envía;  
Los suspiros... son muy dulces.....  
¡Los suspiros de la brisa!....

# ABDERRAHMAN-BEN-MOAWIÁ.

LEYENDA HISTÓRICA.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

SIGLO VIII.

## INTRODUCCION.

---

Bendito aquel en cuya augusta mano  
Los imperios están y las naciones;  
Bendito aquel que soberano y justo  
El corazon gobierna de los hombres.

El que presta su brillo á los luceros;  
El que los prados coronó de flores;  
Aquel Señor, á cuya voz saliera  
De los abismos de la nada el orbe.

Estaba escrito en las eternas tablas  
Que solo Dios en su poder conoce,  
Que la gloria de Siria sucumbiese  
De los Moawiá con la familia noble.

Y que espléndido trono dominara  
 En distantes bellisimas regiones,  
 En hermosa ciudad, que el ancho mundo  
 Presto llenara con su gran renombre!

Cayó en Oriente de Moawia la estirpe  
 Tras civiles y largas disensiones,  
 Que a questo mal porque al destino plugo  
 En los eternos fallos decretóse!

Media centuria acaso no pasara  
 Desde que del profeta los pendones  
 A elevarse llegaron altaneros  
 En los hidalgos pueblos españoles.

El sólio de Damasco poderoso  
 Mas cercado de intrigas y ambiciones,  
 Ocupa Meruán, que por las armas,  
 De los Califas hasta el trono alzóse!

Y tambien por las armas pereciera;  
 Que los Alabas con su gente, corren  
 Por los pueblos, ciudades y alquerias  
 En los pechos sembrando sus rencores!

Y de sangre los campos se cubrieron,  
 Que alzaron los Alabas sus facciones,  
 Y al morir Meruán en la batalla,  
 De los Moawia la dinastia hundiós! (1)

Y los desventurados caballeros  
 que su color llevaban y su nombre  
 La venganza maléfica saciaron  
 De los fieros y altivos vencedores.

Ellos hicieron que en festín horrible  
 Cayeran todos, como planta docil,  
 Que sin piedad destruyen y arrebatan  
 Del desierto los secos aquilones.

Solo un mancebo, de la insana furia  
 De sus verdugos por azar salvóse;  
 Uno tan solo que protege el hado,  
 A quien brillante horóscopo tocóle.

De la vida se encuentra en los diñiteles,  
 El genio luce tras su frente joven,  
 Y allá en su pecho que el dolor oprime  
 Un alma grande, generosa, escondida.

Sus ojos, cual de cándida paloma  
 Garzos son; cual el ciervo de los montes,  
 Es ágil y gentil, su talle esbelto,  
 Su estirpe regia; Abderrahman su nombre.

Escrito estaba, que aunque odiada siempre  
 De enemigos, tiranos y traidores,  
 Una rama feliz reverdeciera  
 De los Omeyas en el tronco noble.



Y que un príncipe errante, desdichado,  
 Y acogido por míseros pastores,  
 Hasta la gloria y el poder se alzara,  
 Que así el hado benigno lo dispone.

Bendito aquel que iluminó su vida;  
 El que los prados coronó de flores;  
 Aquel Señor en cuya augusta mano  
 Los imperios están y las naciones.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
 CONSEJERÍA DE CULTURA  
 Que los recuerdos del pasado perduran,  
 Donde las columnas y arcos se ven,  
 De cantores, de reyes y profetas,  
 Donde la luz y el silencio crecen,  
 De levantan sus copas las primeras,  
 Sobre el Híspides, que apesadumado corre,  
 Y toman tristes y desiertos riegos;  
 En la región del cielo favorable,  
 Donde los ojos a la luz primera,  
 El primer hombre abrió, donde gozara  
 Del Paraíso la morada bella.

Y que un príncipe errante, desdichado  
 Y acogido por miseros pastores,  
 Hasta la gloria y el poder se alzara,  
 Que así el hado benigno lo dispone.

Tras de aquel que ilumina su vida;  
 El que los frutos corona de flores;  
 Adel Señor en cuyo augusta mano  
 Los imperios están y las naciones.

Allá de Oriente en la región dichosa  
 Que los recuerdos del pasado pueblan,  
 Donde las sombras venerables vagan  
 De cantores, de reyes y profetas,

Donde la mirra y sicomoro crecen,  
 Do levantan sus copas las palmeras  
 Sobre el Eufrates, que apacible corre  
 Y ruinas tristes y desiertos riega;

En la region del cielo favorita,  
 Donde los ojos á la luz primera  
 El primer hombre abrió, donde gozara  
 Del Paraiso la morada bella,

Hay llena de memorias inmóviles y  
 Agreste y melancólica una tierra,  
 Que el rojo mar con su oleaje baña,  
 Y el sol ardiente con sus rayos quemá. Y

Sobre su suelo cálido se extienden  
 Tristes desiertos de infecunda arena,  
 Donde el Simún agítase violento,  
 Donde chacales rugen y panteras.

Su nombre, Arabia es, y sus llanuras,  
 Nómada raza belicosa puebla  
 De unos hombres errantes y orgullosos  
 De negros ojos y de tez morena.

Nunca las leyes sugetar pudieron  
 Su salvaje y feliz independencia,  
 Y libres corren, como corre libre  
 De sus desiertos la gentil gacela.

El tesoro del Árabe es tan sólo  
 Su buen camello y su corcel de guerra,  
 El caballo, que crece compartiendo  
 El pobre hogar de la sencilla tienda.

El que el encanto de su vida forma,  
 Al que lloran si muere en la pelea  
 Su mujer y sus hijos, al que aman  
 Como al Oasis que nacer les viera.

Y es feliz el errante beduino  
 De su corcel contando la nobleza,  
 Al recitar sus cantos orientales  
 Y la leche al beber de sus camellas.

Una mañana, cuando el sol naciente  
 Las tristes sombras de la noche ahuyenta,  
 Sobre un caballo de la Arabia, sale  
 Un jóven de Damasco por las puertas.

La magestad sobre su frente brilla;  
 Y en la flor de sus veinte primaveras  
 Ya en su rostro los rasgos se perciben  
 Del génio, del dolor, de la grandeza.

Hácia el desierto fugitivo corre,  
 Y cuando alcanza á distinguir apenas  
 De Damasco los bellos alminares,  
 Lágrimas tristes de sus ojos ruedan:

Que allí quedan sus fúlgidos palacios,  
 Allí sus dichas, sus recuerdos quedan;  
 Bajo los olmos que sus campos cubren  
 Abrió los ojos á la luz primera.

Y hoy sale solo, perseguido, errante,  
De furor y de duelo su alma llena,  
Y entre las tribus de la Siria busca  
Asilo fiel contra su mala estrella,

Mientras ansiosos le siguen los tiranos  
Que su sangre verter apetecieran,  
Como los pardos á la corza siguen,  
Y los halcones á la garza tierna.

Él es, Abderrahmán; el noble solo  
Que de una estirpe poderosa alienta;  
Que al influjo cediendo de su hado  
Su hermosa patria, sus palacios deja.

Y de toscos y pobres beduinos  
A un aduár hospitalario llega,  
Donde con él los árabes partieron  
Su negro pan y su querida tienda.

Allí, en las noches del otoño crudo  
Junto á la llama que ondulante humea,  
Quiméricas historias orientales  
A los pastores del desierto cuenta.

¡Mas ay! que nada á detener alcanza  
De los Alabás la tenáz fiereza;  
Y en los confines de la Arabia buscan,  
Á Abderrahmán el príncipe doquiera.

Ya abandona los árabes amigos  
Que allí á la entrada de sus blancas tiendas  
Lo despiden amantes, y así el Jeque  
Dice al mancebo dándole su yegua:

—«Corre, y *Ukrania* salvaráte presto  
De enemigos: mas ágil, mas ligera  
Es, que el Simún que en nuestros campos sopla  
Y que los gamos que los bosques pueblan.

Yo la adoro, hijo mio, pues descende  
De los nobles caballos del profeta;  
¡Alláh permita que á mi huesped salve;  
Alláh permita que te salve ella!.....

Y al mirar á su yegua, tierno llanto  
Se deslizara por su faz morena,  
Mientras el triste príncipe á galope  
Por las llanuras áridas se aleja.

## II.

Era la noche: en la mitad del cielo  
Brillaba el disco de la luna blanca,  
Bañando triste con sus tibios rayos  
Las ardientes arenas africanas.

Á su luz misteriosa se divisan  
De nieve cual montones, apiñadas  
Algunas tiendas, donde asilo buscan  
Los Bereberes que en sus llanos vagan.

La del Jeque levántase en el centro;  
Y su robusta, formidable lanza  
Clavada está á la puerta, y á ella atado  
Por un pié, su caballo de batalla.

Alrededor echados se contemplan  
Los rebaños de ovejas y de cabras,  
Que unos pastores de tostados rostros,  
En anchos jáiques rebozados guardan.

Bajo la tienda que de piel de tigre  
Está cubierta, y á la ardiente llama,  
Algunos hombres de semblantes rudos  
En ademan atento se encontraban.

Y los fieles camellos recostados,  
Sobre sus frentes las cabezas alzan,  
Mientras ordeñan las jóvenes la leche  
De las camellas, con su pan criadas.

Un *ráwí* de la Meca peregrino, (2)  
Con varonil acento recitaba  
El poema de *Antar*; del gran poeta, (3)  
Del pastor inspirado de la Arabia.

Y escuchaban absortos su relato,  
Y entre sueños de amores y de hazañas,  
Se perdian sus mentes ardorosas  
Por el sol del Oriente fecundadas.

Así gratas las horas transcurrían  
Y ya la noche lóbrega avanzaba,  
Cuando tranquilo hospitalario techo  
Un desterrado por piedad demanda.



—«Entra:» el Jeque le dice: «de mi tienda,  
Ven, y comparte la pobreza franca,  
Que Dios protege al que socorre al triste,  
Al que parte su sal con la desgracia. (4)

Ven, y tus miembros en mi hogar reposa;  
De los Zenetes en la tierra, hallas  
Asilo bonancible; pues se lee  
En tus ojos tu suerte desdichada.

—«¡Zenetes! por mi bien! bendito sea.  
El profeta, señor:» el jóven clama;  
Sus ojos brillan, y con paso noble  
Hasta el hogar caliente se adelanta.

Los Africanos, á su huésped dejan  
Preferente lugar ante las brasas;  
Dulce leche las jóvenes le sirven,  
Y pobres tortas que en el fuego asan.

Y cuando anima sus cansadas fuerzas  
Renaciendo en su pecho la esperanza,  
Así á los nobles que la tribu forman  
Con varonil acento les hablara.

—«Hijos felices del desierto; siempre,  
Alláh proteja vuestra dulce calma,  
Y nunca estienda la discordia impía  
sobre vosotros sus horribles alas,

«Siempre con grata bienhechora lluvia,  
El cielo riegue vuestras verdes palmas,  
Y el genio protector de las victorias  
Os ciña de laurel en las batallas.

«¿No oísteis contar en vuestras blancas tiendas  
Una historia de sangre y de venganza  
En que los nietos de Moawiá cayeron  
Como robles que el ábrego tronchara?

«¿No llegó nunca al aduár sencillo,  
De un banquete tristísimo la fama  
Do su rencor y su crueldad saciaron  
Sobre insiñes vencidos los Alabas?

«Los descendientes del Omeya ilustre,  
Por horrible traicion allí se hallaban,  
Y ochenta nobles inmoló terrible  
Del inhumano vencedor la saña.

«Todos cayeron, cual la mies florida  
Que á nuestros campos el Simún arranca;  
Cual indefensa y tímida paloma  
¡Que destroza el halcon entre sus garras!

«Y al suspiro postrer de su agonía,  
Y á los ayes dolientes de sus almas,  
Tan solo respondió de los tiranos  
La estridente y horrible carcajada.

«De aquella estirpe cuyo nombre puro  
Desde el Tigris al Ebro resonara,  
Un hombre solo por azar salvóse; y  
Uno infeliz, que en los desiertos vaga.»

—«¡Uno!» el anciano que los ojos fijos  
Tiene en el jóven, con placer esclama:  
—«Uno, Zenetes, que á tan noble tronco,  
Vínculo santo, fraternal enlaza.»

—«¿Á nuestra tribu?»—«Sí; que una doncella  
De vuestra sangre generosa, *Ráha*,  
La madre fué del que proscripto ahora,  
Entre enemigos por su mal se halla.»

—«Cierto:» repuso el Jeque: ¿do se encuentra  
El hijo, augusto de la antigua rama,  
Que del profeta y del Islam la gloria,  
A las mismas estrellas levantara?»

—«Nobles Zenetes, á vosotros hoy,  
La fortuna dirígeme apiadada;  
Un genio me guió, y yo soy, Zenetes,  
El único que alienta de mi raza.»

Un grito de placer y de sorpresa  
Los Bereberes con asombro lanzan,  
Y á la figura del gentil mancebo  
Dirigen sus atónitas miradas.

Álzase el Jeque, que con paso grave  
Hasta el jóven preclaro se adelanta,  
Y entre el silencio que imponente reina,  
Así en el nombre de los suyos habla:

—«Príncipe fiel de los creyentes; hoy  
Que el hado impió tu existencia amarga,  
Soy dichoso, Señor, en darte asilo.  
Que seguro tendrás en mi morada.

Tus hermanos verás en mis hermanos;  
Por tu defensa, romperán sus lanzas;  
Abrigo, amparo, te darán sus techos;  
Amor eterno te darán sus almas.

Y así estrella feliz y bienhechora  
En tu camino siembre la esperanza,  
Y así los hados vencedor te vuelvan  
Á los ricos vergeles de tu patria.»

—«Alláh protege, Abderraman repuso,  
Al que es juguete de su suerte aciaga;  
Bendito aquel que hermanos me concede  
Cuando solo traidores me cercaban.»

Y aquellos hombres, en sus manos juran  
Defender animosos con las armas,  
Al príncipe que envuelven las desdichas,  
Y que adverso el destino desampara.

### III.

Ya el ángel misterioso de los sueños  
Voló, plegando sus azules alas,  
Ante el fulgor de la naciente aurora,  
Que la luz de las *pléyades* borrara. (6)

Ya las estrellas de la noche huyendo  
Su puesto dejan á la luz del alba,  
Y allá del centro de la mar tranquila,  
El padre de la luz se levantaba.

Ya los corceles de la tribu corren,  
Ya las ovejas de la tribu balan,  
Y los Zenetes al Oriente vueltos  
Elevar la oracion de la mañana.

Las doncellas bellisimas adornan  
con corales y perlas sus gargantas,  
Los donceles adornan sus caballos  
Y aprestan los venablos y las lanzas.

Todo una fiesta del desierto anuncia;  
Que en las tristes arenas solitarias  
Donde no hay mas placer que los combates  
Y la hospitalidad y la venganza,

Y el escuchar fantásticas leyendas,  
Y el correr de sus yeguas africanas,  
Es motivo de fiestas y alegrías  
De un desgraciado ilustre la llegada.

Y aun hay mas; porque al triste socorrieron,  
Quiso Dios que la dicha derramada  
Sobre sus llanos para siempre sea  
Por el génio feliz de la bonanza.

Que una impía discordia que tuvieron  
Con otra tribu de la suya hermana  
De Zenetes cual ellos, concluyera,  
Y ya la paz protege sus moradas.

Valeroso Alajix, que así se nombra  
El buen Jeque que al príncipe otorgara  
Proteccion amistosa, sus venablos  
Opuso á los venablos de Mehanna,

Gefe de los contrarios; de sus costas  
 Las arenas se vieron empapadas  
 De sangre generosa, y por doquiera  
 El ángel *Azraël* batió sus alas. (7)

Mas huyóse llorando, por ventura,  
 De la paz ante el génio, que levanta  
 Radiante y pura su bendita frente  
 De rosas y de oliva coronada.

Y de este dia en las felices horas  
 La paz al asentar de la comarca,  
 Vistosos juegos en el campo tienen  
 Que solemnizan ceremonia grata.

Alajix con los suyos se dirige  
 Al rico campamento de Mehanna,  
 Que allí depuestos los antiguos odios  
 Los festejos se aprestan y las zambras.

Ágiles mozos sus corceles montan,  
 Que relinchan gozosos y piafan:  
 Con apostura respetosa y grave  
 En dromedarios los ancianos marchan.

Abderrahman distinguese bizarro,  
 Pues su talle ligero cual la palma,  
 Sobre un caballo berberisco luce  
 Que con hábil destreza maneja.

Parten; por las llanuras ardorosas  
Perdiase la alegre cabalgata,  
Y del camino á la mitad, los nobles  
Del enemigo campo se adelantan.

Ya todos confundidos se aproximan  
Al pabellon del gefe, y á su entrada  
Este aguarda á Alajix, que desmontando,  
Entre gritos de júbilo le abraza.

Con los caudillos de *Tahart* penetran;  
Besan los dos sus ínclitas espadas;  
Siete piedras entierran silenciosos, (8)  
Y así Alajix al terminar hablara:

—«¡En el nombre de Alláh clemente y sumo!

Como esas piedrecillas, enterrada  
Nuestra discordia para siempre sea;  
Olvidemos los males que pasaran.

«El cielo con benéfico rocío  
En vez de sangre riegue nuestras palmas;  
Alláh bendiga nuestra paz solemne;  
Bendito él que nos volvió su gracia.»

—«La paz juremos, repusieron todos,  
Cuando viejos rencores olvidaban;  
Y ya su puesto en el festin ocupan  
Que les dispuso pródigo Mehanna.



Allí manjares del desierto sirven;  
Carne sabrosa de camella blanca,  
Leche, dátiles dulces, y carneros,  
Y tierno pan y cristalina agua.

Al terminar el rústico banquete,  
De ambas tribus los jóvenes cabalgan,  
Una prueba por dar de su destreza  
Tirando los venablos y las lanzas.

Y los graves ancianos los admiran;  
Los aplauden las vírgenes gallardas,  
Tras cuyos velos sus pupilas lucen,  
Cual brilla el sol tras de la nube clara.

Y tres días de plácido recreo  
Entre alborozo y músicas se pasan,  
Que así celebran de la paz dichosa  
En el desierto la presencia fausta.

¿Mas qué valen alegres regocijos  
Al que víctima es de la desgracia,  
Al que arrostra su vida sin ventura  
Con solo un pensamiento de venganza?

¡Nadie la fuerza de su estrella vence!  
Nadie su sino malhadado cambia!....  
Así pensando el infeliz proscripto  
Vagaba triste al despuntar el alba,

Del día postrimer que á sus placeres  
Entrambos aduareš se entregaban,  
Soñando en su delirio con un trono,  
Con el bien que á sus pueblos otorgara.

Pero absorto contempla de rodillas  
Cabe risueña fuentecilla mansa,  
Á una muger que hácia el Oriente vuelta,  
Dirige al cielo férvida plegaria.

El velo no ocultaba su hermosura;  
Y Abderrahmán gozoso la admiraba,  
Que sus gracias cautivo le rindieron  
En los juegos, las fiestas y las danzas.

Álzase la africana sorprendida;  
Bajo el cendál modesta se recata;  
Pero su impulso detener intenta  
El príncipe que á ella se adelanta:

—«¿Por qué me ocultas, (dícele) tus ojos  
Dulces cual ojos de paloma blanca,  
Si es mas graciosa tu cintura leve  
Que del Eufrates las flexibles cañas?

«Si es tu aliento que el céfiro recoge,  
Grato como perfume de la Arabia;  
Si granadas del Yemen son tus lábios.....  
Si las rosas del Yemen te envidiaran!... (9)

—«Príncipe...»—«Estrella del desierto pura  
Que la vejez alumbras de Mehanna;  
Tambien tu luz mi corazon percibe,  
Tambien disipas mi tristeza, *Howara.*»

—«Señor; mi nombre sabes? yo en mi tienda  
El relato escuché de tus desgracias,  
Y ruego á Alláh que en su clemencia temple  
El triste influjo de tu suerte infausta.»

—«Escucha, *Howara*; si benignos hados  
Nuevos dias de gloria me otorgaran,  
Y si las turbas cual mis padres viera  
Prosternadas humildes á mis plantas;

«Yo rindiera á las tuyas mis tesoros;  
Yo tu cuello con perlas adornara,  
Y tu beldad luciendo en mis palacios,  
La señora serias de mi alma.

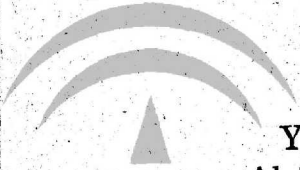
Pero el grande profeta no permita  
Que tu estrella una yo de bienandanza  
Con la mia fatal, que del destierro  
El duro pan con la que adoro parta.»

—«Feliz yo, si tus íntimos pesáres,  
Con mi amor ó mi llanto suavizara.»

—«¿Quieres tú ser huri del paraíso, (10)  
De mis desdichas protectora hada?

«Un astrólogo sábio de la Siria  
Imperios me ha predicho, gloria y fama;  
Y yo en ello confío, que mi mente  
Espacio anhela do tender sus alas.»

—«Adios, príncipe, adios; que ya de nuevo  
Los juegos y las fiestas se preparan.»  
—«¿Mi trono partirás?»—«Ó tu infortunio.»  
—«Plegue á Alláh que se cumpla mi esperanza.»



Y al descender el sol en el ocaso,  
Alajix con su gente se alejaba  
De la tribu ya amiga, donde preso  
Abderrahman el corazon dejara.

#### IV.

Muchas veces el sol sobre los mares  
Alzó su disco de brillante fuego;  
Muchas veces los astros de la noche  
Sobre la tierra su esplendor vertieron:

Muchos días pasaron de ventura  
Iguales, dulces, monotonos, lentos,  
Que la paz y la dicha cobijaban  
Los blancos pabellones del desierto.

Y en ellos, tras borrascas espantosas,  
Tras largas luchas con el hado adverso,  
Grato reposo, hospitalario albergue  
Al fin hallara el imperial mancebo.

¡Mas ay!... ¡qué valen ni tranquilas noches,  
Ni hermosos días por la paz serenos,  
Ni de los bosques la undulante sombra  
Ni fuerte lanza ni carcax ligero,

Al infeliz que de venganza abriga  
El fatal y terrible pensamiento,  
Á quien venganza de sus nobles padres  
Está la sangre sin cesar pidiendo!

¡Á quien de horrible y destructor banquete  
Atormenta fatídico recuerdo;  
Á quien un trono concedió el destino,  
Y errante vaga en erial desierto!....

Cuando persigue con venablo agudo  
Al fuerte tigre ó al leopardo fiero  
Sobre la yegua que pastó en la Arabia  
Y á quien sus alas le prestara el viento,

Cuando del sol del África abrasado  
Reposo, buscan sus rendidos miembros  
Bajo verdes olivas que recuerdan  
Las que sombrean su palacio régio,

Siente que asaltan su ardorosa mente  
Las memorias felices de aquel tiempo,  
Y el corazón palpítale con fuerza  
Y su furor le abruma y su despecho.

Mas en medio de tanta desventura,  
 De esas ideas lúgubres en medio,  
 Una esperanza de placer se eleva  
 De poder y de dicha, vago sueño.

Así en oscura tenebrosa noche  
 Brilla fugáz relámpago ligero,  
 Que un instante disipa las tinieblas,  
 Porque mas tristes aparezcan luego.

¡Ah! ¡cuantas veces sobre el mar tranquilo  
 La incierta vista con afán tendiendo,  
 Piensa que en otra orilla se levanta  
 El trono que los hados le ofrecieron!

¡Y cuántas veces cuando el sol se hunde  
 Entre las nubes, á Occidente vuelto,  
 En otros días de ventura piensa  
 En que á sus padres vengará soberbio!

Pero vaga entretanto solitario  
 Á una pasión dulcísima cediendo,  
 Que en él muy pronto poderosa impera  
 Y es de sus males celestial consuelo.

Bella como la reina de la noche;  
Como el brillante y matinal lucero;  
Como la perla que los mares guardan  
Bajo conchas de nácar en su seno,

Era la pura, la gentil doncella  
Á quien Howara llaman, y que el pecho  
Del príncipe infeliz, con sus hechizos,  
Tiene en cadenas amorosas preso.

Mas grato es á Abderrahmán su nombre,  
Que al peregrino de calor sediento  
El fresco manantial; mas que un oasis,  
Al árabe perdido en él desierto.

Y mas anhela contemplar su rostro,  
Que el beduino de su patria lejos,  
El ramaje admirar de las palmeras  
Que su cuna inocente protegieron.

Cuando la tarde silenciosa avanza  
Y el sol se oculta colorando el cielo  
Y alza la tribu su oracion postrera  
De las estrellas al fulgor primero,

Sobre su yegua se dirige el jóven  
Al valle do la hermosa de sus sueños  
Tranquila mora; donde alegres pacen  
Sus manadas de cándidos corderos.



Y si á la luz del moribundo dia  
A ver alcanza su flotante velo,  
Si de las murtas á través percibe  
Una mirada de sus ojos negros,

De su amada se aleja venturoso  
Aquel campo querido bendiciendo,  
Cuyas silvestres florecillas ama  
Más que de Siria los jardines bellos.

Que es su mirada para el alma ilustre  
Que combaten contrarios sentimientos,  
Lo que la lluvia bienhechora al campo  
De sol ardiente por los rayos seco.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

Mas Alajix que noble y compasivo  
Cual un hijo acogióle, comprendiendo  
El intenso pesar que le domina  
Y de su amor á Howara los secretos,

Seguido de los suyos, se dirige  
Del anciano Mehanna al campamento,  
Donde á la luz de su vejez demanda  
Para esposa feliz del jóven régio.

En muy cortos instantes, arreglados  
 De la boda quedaron los conciertos  
 Y cuando á Howara señalaron dote,  
 En brillantes ofertas, competieron.

Tras el ornado de brillantes  
 Y vistosas guarniciones,  
 Por jóvenes esclavos conducidos,  
 En dos literas se aguardaban sentados.

Al fin, risueño amaneciera el día  
 Que el alba pura, con su luz rompiendo  
 De la noche las sombras, el Oriente  
 Púdica tiñe con fulgor ligero,

De felices Zenetes alumbrao  
 La ventura, los cantos, el contento,  
 Con que dichosos celebrar pretendían  
 De la boda de Howara los festejos.

Ya de la tienda de Alajix, los nobles,  
 El *acidaque* que á la esposa dieron  
 Con numerosa comitiva, llevan  
 Al valle de Mehanna el opulento.

Y Abderrahmán que juzga tal ventura  
 De su mente fantástico embelesado  
 Adormido en su mágica esperanza,  
 Olvidara un instante sus recuerdos.

Abre la marcha Berebér gallardo  
Sobre corcel fogoso del desierto,  
Más que la nieve, tremolando blanca  
Una bandera que acaricia el viento.

Tras él, ornados de brillantes flores  
Y vistosas guirnaldas, los camellos  
Por jóvenes esclavos conducidos,  
En dos hileras se adelantan lentos.

Iban sobre alazanes poderosos  
Alajix y sus ínclitos guerreros,  
Cuyos jaeces árabes adornan  
Blancas garzotas y caireles bellos.

Una muger les sigue, que quemando  
En tosca pira delicado incienso;  
Con la nube fragante que despide  
Las brisas embalsama del desierto.

Tras ella véense nómadas pastores  
Las ovejas de leche conduciendo,  
Y al son de sus campestres chirimias  
De Antar cantando los sonoros versos,

Mientras al coro lánguido responden  
De doscientas mugeres los acentos,  
Cuyos cantos de boda devolvían  
De la tranquila soledad los ecos,

Y cerrando por último la marcha  
Con dos negros distínguese un camello,  
Que el rico ajuar sobre sus lomos lleva  
Y de espléndidas galas vá cubierto.

Apenas á la tienda de Mehanna  
Llegó la comitiva, salió luego  
El noble anciano con mugeres bellas  
Y con bravos ginetes á su encuentro.

Se saludaron con placer los Jeques,  
Los regalos de boda se ofrecieron,  
Y grave ceremonia terminaron  
La oracion de *Faliha* repitiendo. (12)

Pero al pasar tres soles, deberian  
Volver de Abderrahman los compañeros,  
A conquistar de Howara la hermosura  
Las costumbres arábigas siguiendo.

---

Los tres soles pasaron, y cien nobles  
Con las matronas principales fueron  
A disputar á Howara, que defienden  
De su bélica raza los mancebos.

El simulacro luego comenzó  
Y entre el polvo brillaban los aceros,  
Como entre nubes las centellas lucen  
Cuando oscurece la tormenta el cielo.

Los de Alajix al cabo vencedores  
La hermosa de Howara merecieron;  
De su tienda los jóvenes en tanto  
De envidia suspiraban y de celos.

Estaba Howara como nunca hermosa;  
El dulce brillo de sus ojos tiernos,  
Cual la luz de las pléyades lucía  
Cuando iluminan el espacio inmenso.

De la tribu del novio las mugeres  
Con cantos y con gritos la acogieron;  
Y Abderrahman absorto la admiraba  
Cual hurí que forjó su pensamiento.

Veinte doncellas á la esposa siguen,  
Que en dromedario de elevado cuello  
Al fin subió, donde el handág se ostenta (13)  
Decorado con plumas y con flecos.

Abderrahman junto á su bien cabalga  
que parte de su tienda, recibiendo  
La bendicion de sus ancianos padres,  
Los plácemes de amigos y de deudos,

Y por los llanos do los novios pasan,  
Salen niños, y vírgenes, y viejos,  
Esparciendo del ámbar los perfumes,  
Y degollando cabras y carneros.

Todo el dia y la noche trascurrieran  
Entre danzas y músicas y juegos,  
Que el génio del placer y la alegría  
Tuvo en el campo de Alajix su imperio.

Mas en medio de tanto regocijo  
Y de ventura tan inmensa en medio,  
Alzábase una nube de tristeza  
Del príncipe la frente oscureciendo.

Que le asaltaban en tan grato día  
De otros días horribles los recuerdos,  
Y escuchar piensa que venganza piden  
Las sombras de sus ínclitos abuelos.

Y por los llanos de los novios pasan  
 Salen niños, y vírgenes, y viejos,  
 Experimento del ámbros los perfumes,  
 Y degollando capras y corderos.

Todo el día y la noche transmiten  
 Lanzas banas y maderas y frutos,  
 Que el gánio del honor y la gloria  
 Tivo en el campo de AV. J. en el año 1808.

Mas en medio de tanta alegría  
 Y de ventura tan grande y tan alta,  
 Alzabase una nube de cenizas  
 Del principio de la guerra de África.

Aun resonaban los alegres cantos  
 Con que la boda festejado habian;  
 Aun el humo que exhalan los pebetes  
 El espacio doquier aromatiza;

Aun de ambas tribus las dichosas fiestas  
 En ruidoso tropel se sucedian,  
 Cuando grave embajada cautelosa  
 Del África á las márgenes arriba.

Eminentes Alarbes la componen  
 Que con sus bravas huestes damasquinas,  
 El alto nombre del Islam sostienen  
 De la España feráz en las campiñas,

En la region hermosa y placentera  
De Dios y de los génius favorita,  
Mas cuyo seno, sin cesar desgarran  
Interminables luchas fraticidas.

Desde que el godo poderío hundiôse  
Del *lago de la Janda* en las orillas  
Y al pendon sacro de la cruz venciendo  
El amarillo de Mohammad domina,

En los hidalgos pueblos españoles  
Su poder ostentaron los Califas  
Que Soberanos en Oriente imperan,  
Y sus Emires á Occidente envian.

Á la sazón, Yusuf el orgulloso  
Gobernaba en España; mas sus villas,  
El génio destructor de las discordias  
Inundara de sangre y de ruinas;

Que en civiles y largas disensiones  
Los bandos Agarenos dividian  
Las fuerzas del Muslin, sin que evitarlo  
Pudieran los Señores de la Siria.

Y porque cesen los continuos males  
Que á la agitada pátria conmovian,  
Y la paz vuelva á sus hogares, siendo  
Independiente, poderosa y rica,



Varios nobles en Córdoba reunidos  
Un príncipe deciden que los rija,  
Y el yugo sacudir de los Emires  
Que el soberano de Damasco envia.

Entonces, para el Africa saliera  
Con gran secreto corta comitiva,  
Que á los desiertos de *Tahárt* llegara,  
Do fué por los Zenetès recibida.

Y ante el príncipe ilustre presentado  
Tras de larga Zalema, así se esplica  
*Temán* el noble, que en la fuerte España  
Valerosos guerreros acaudilla.

—«Alláh te guarde, sucesor augusto  
De los altos Omniadas, y bendiga  
Tu frente, porque en ella la diadema  
Brille al fin, que tus padres se ceñian.

«En nombre de los bravos andaluces,  
Y los males al ver que nos agitan,  
Un trono independiente te ofrecemos  
Del lejano poder de los Califas.

«Pues la voz de la fama voladora  
Tus hazañas contara y tus desdichas,  
Y en tí vemos el príncipe que debe  
Volver á España la quietud bendita.

«¡Oh, ven! y en ella encontrarás amigos  
 Que en tu defensa perderán sus vidas; los mí  
 Pues ornó Alláh con la virtud tu alma, está  
 Y génio puro, tus instintos guía.»

«Allí hay colinas de verdor cubiertas —  
 Que aventajan del Yemeh las colinas; allá  
 Hay frescos arroyuelos que relucen, y  
 Cual cimitarras por el sol heridas;»

«Y bosques de laureles y arrayanes:  
 Que al dulce sueño y al placer incitan,  
 Y encantados pensiles que remedan  
 Del paraíso la mansion divina.»

«¡Oh! ven á España! que aunque á ti se opongan  
 Los que á Yusuf defienden ó al Califa,  
 Los que el pendón de los Alabas siguen,  
 Y de la estirpe de Moawiá se olvidan,»

«Aunque graves peligros te rodéen  
 Príncipe fiel, en tan feliz conquista  
 No estarás solo, que á tu lado se hallan  
 Los adalides de mayor valía.»

«Por cuyas lanzas siempre vencedoras  
 Ha de ser tu corona sostenida,  
 Y mas firme estará, yo te lo juró,  
 Que en sus cimientos la montaña altiva.»

Calló Teman: y el príncipe un momento  
 En actitud quedára pensativa,  
 Hasta que con resuelto continente  
 La propuesta aceptando, respondía:

—«¡Nobles caudillos del Islam orgullo!  
 Si conmigo los pueblos fraternizan  
 Y piden que mi esfuerzo les devuelva  
 La dulce calma por su mal perdida,

«En mí un hermano y salvador tendréis;  
 Ni batallas ni riesgos me intimidan,  
 Que luengos años de desgracias cuento  
 Y sé, Muslimes, despreciar la vida:

«El Sumo Dios cuyo poder sostiene  
 Los imperios, mi espíritu dirija;  
 Y así acreciente del Korán la gloria  
 Y de España á los árabes la dicha.»

Pocos dias mas tarde, cuando apenas  
 Del Oriente las puertas entreabria  
 Timida el alba, la africana gente  
 Del mar ocupa la serena orilla:

Todos del bien de Abderrahman se alegran,  
Pero tristes están por su partida:  
Temen y callan los ancianos graves,  
Los jóvenes le aplauden y le envidian.

Howara, de su padre sobre el seno,  
La hermosa frente con dolor inclina;  
De Alajix en el pecho se suceden  
El temor, la esperanza y la alegría.

Y Abderrahman gallardo como nunca  
Á la beldad consuela, que affigida  
Tan solo con sus lágrimas responde  
Del esposo feliz á las caricias.

También lloran las virgenes hermosas  
Cuyos nobles amantes le seguian,  
Pues mil Zenetes para España salen  
En busca de botin y de conquistas.

La hora llegó: del Sol el primer rayo  
Los horizontes con su luz teñia,  
Y volaban las blancas gaviotas  
Sobre las olas de la mar tranquila.

Ya la nave española los aguarda,  
Y así á su esposa que á su cuello asida,  
Triste gimiera, con acento dulce,  
El juvenil guerrero le decia:

—«¿Por qué lloras, mi bien, si ya piadoso  
Mi adverso hado su rigor mitiga,  
Si de mi estrella el protector influjo,  
Me otorga el trono que soñara un día,

«Si, muy pronto á abrazarnos tornaremos  
En Córdoba, mi Howara, ó en Sevilla,  
Cuando ofrecerte pueda victorioso  
Réal corona que tu frente ciña?»

—«Que la fortuna, respondióle ella,  
Guarde en el campo Abderrahman tu vida;»  
Y un talisman suspéndele del cuello  
En quien la triste su esperanza cifra.

Alajix y Mehanna lo bendicen,  
Los jeques sus guerreros le ofrecian,  
Todos servirle y ayudarle anhelan,  
Todos lloran amantes su partida.

Y él con los suyos la galera aborda  
Cuyas velas al viento se tendian,  
Que al fin partió, sobre la mar dejando,  
Luciente estela su cortante quilla.

Y se aleja... se aleja... de la playa  
 Por remos y por áuras impelida:  
 Con gritos y con señas la saludan,  
 Todos partir con ansiedad la miran.

Y cuando al fin entre la mar y el cielo  
 Blanco punto tan solo se divisa,  
 Cayó en los brazos de su padre Howara,  
 Clamando:—¡que el profeta los bendiga!»



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
 CONSEJERÍA DE CULTURA

Más la república y el poder dominan  
 En las nuevas plazas andaluzas,  
 Donde levanta poderoso el frente  
 De los andaluces, su maravilla oscura. (13)

Ahí se encuentran los caudillos nobles  
 Que gloran al conde de Isaura y a su  
 Y que a la cultura de Morán enseñan.  
 De los Andaluces el poder refuerzan.

Y se aleja... se aleja... de la plaza  
 Por ramos y por suras impelidas;  
 Con gritos y con señas la estuban,  
 Todos partir con ansiedad la miran.

Y cuando al fin entre la mar y el cielo  
 Blanco punto tan solo se divisó,  
 Cayó en los brazos de su padre Howard.  
 Ollámándo;—¡quero!—VI. *Alfama los borbales*

El año comenzaba; sus fulgores  
 Timidos lanza de *Rabie* la luna, (14)  
 Que con sus tibios misteriosos rayos  
 La flor primera silenciosa alumbra.

Mas la esperanza y el placer dominan  
 En las risueñas playas andaluzas,  
 Donde levanta poderoso el fuerte  
 De *Hins-Almunecab*, su muralla oscura. (15)

Allí se encuentran los caudillos nobles  
 Que gloria ofrecen al Islam y ayuda,  
 Y que á la estirpe de Moawiá leales,  
 De los Alabas el poder rehusan.

Y se muestra tambien de Andalucia  
La juventud ardiente que la ilustra,  
Y que bélicos lances ambiciona  
Donde laureles halle y aventuras.

Y cuando al fin sobre la mar alcanzan  
La nave á divisar entre la bruma  
Do su esperanza fian, poderoso  
Un largo grito de placer retumba.

Grito feliz que se repite y crece  
Resonando veloz por la llanura,  
Al ver á Abderrahman, que con los suyos  
La costa pisa que su suerte augura.

Temán dichoso le presenta al pueblo,  
Y todos con respeto le circundan,  
Entre voces de júbilo clamando:  
«Que Alláh le ensalce; que le dé ventura.»

De la Cora de Rayya los guerreros,  
Leales ser hasta la muerte juran  
Al principe real, en quien ansiosos  
Un defensor los Andaluces buscan.

Y cuantos nobles las ciudades honran  
Que el ancho Betis y el Genil fecundan;  
Cuantos jóvenes prueban en el campo  
Su esfuerzo varonil y su bravura,



La blanca enseña de Moawia seguan  
Contra el negro pendon que altivo ondula,  
Y que por planes de ambicion guiado,  
Yusuf defiende con sus huestes rudas.

Mas los pueblos al principe se entregan  
Que entusiastas acogen y saludan:  
De Abderrahman trocarase el destino,  
Sus empresas corona la fortuna.

Y en la fiel Archidona proclamado  
Álzase al fin con alegría suma,  
En sus sienes mostrando la corona.  
Que de ellas arrancó la desventura.

Todo Yusuf lo sabe, y altanero,  
Á su hijo manda que sus fuerzas juntas  
Hacia Córdoba lleve, donde aguarde  
Á las que al nuevo príncipe secundan.

Y Abderrahman con sus Zenetes bravos  
Y sus ínclitas huestes andaluzas,  
De Córdoba hácia el campo se dirige  
Y en Dios y en ellas su esperanza funda.

Ya del Betis la margen deliciosa  
De sangre esmalta fraticida lucha,  
Que en los campos de Siria comenzara  
Y en los valles de España continúa.

Mas ante los corceles que pacieron  
Allá de Eufrates en la orilla inculta,  
De los contrarios las vencidas huestes  
Á la ciudad retiranse confusas.

Largo fué el sitio: Abderrahman cercóla  
Clavar ansiando la bandera suya,  
Sobre los ricos alminares bellos  
Donde la enseña de Yusuf ondula;

Y un círculo de hierro poderoso  
A la graciosa Córdoba circunda  
Cual inmenso collar, en el que lucen  
De fuertes lanzas las ferradas puntas.

Pero Yusuf, cual *sierpe que se pisa*  
Bramando airado de corage y furia,  
Tropas allega que tras él veloces  
Á la ciudad desamparada acudan.

Mas al encuentro Abderrahman le sale  
Con los guerreros que su esfuerzo emulan,  
Y que con su valor y su pujanza,  
Á la conquista general coadyuvan.

Frente a frente se hallan; ¡no se vieron  
 Huestes tan bravas y tan guerridas nunca  
 Cual las que cubren de *Musara* hermosa  
 Con sus guerreros la fértil llanura.

Ya con bético jarrojo se arremeten  
 Y ambas huestes embisten furibundas;  
 Como peñasco destructor que rueda  
 Desde alto monte y aquilon empuja.

El fuerte hierro contra el hierro choca;  
 Ayes y gritos por el viento zumban;  
 Todo de horror y confusion se llena;  
 Entrambas partes valerosas luchan.

Mas del destino en las eternas tablas  
 Está escrito que venza quien ya triunfa;  
 Yusuf, en balde su valor demuestra;  
 Aun hiera el golpe de su lanza aguda.

Y todo en vano; que el Omniada insigne  
 Arrolla osado la guerrera turba  
 A sus pasos opuesta; la victoria  
 Bajo sus alas le cobija Augusta.

Y los contrarios aterrados huyen,  
 Huyen, como la corza que en su fuga  
 Por el astuto cazador herida  
 En los espesos bosques se refugia.

Y Abderrahman que el genio de la guerra  
De laureles corona y de ventura,  
Que á sus padres vengando victorioso  
De los Alabas el pendon subyuga,

Hacia Córdoba altivo se dirige  
Donde muy pronto para gloria suya,  
El califato se alzará pujante  
Orgullo siendo de su clara alcornia.

Y sus puertas fortísimas se abrieron;  
Pues ya sin esperanzas ni bravura,  
Sus defensores la ciudad dejaron  
Al vencedor invicto que la ocupa.

Abderrahman como señor domina;  
Las fértiles comarcas andaluzas,  
Al fiel monarca de quien paz esperan  
Cual á númen benéfico saludan.

Y aunque Yusuf en la defensa sigue,  
Doquier la enseña del Moawiá fulgura;  
Que los hados amigos le protejen;  
Que sus empresas coronó fortuna.

VII.

Todo era fiesta, júbilo, alegría;  
Córdoba ostenta su esplendor gozosa,  
Como virgen feliz que se engalana  
En el dichoso día de sus bodas.

Doquier las flores olorosas brillan  
Que dan del Betis á los valles sombra,  
Y ricas aguas por doquier se vierten  
Que perfuman arábigos aromas.

Y por callés y plazas corre el pueblo  
La Sultana por ver encantadora,  
Que del Africa llega, precedida  
De noble comitiva numerosa:

Respetables ancianos la acompañan,  
 Guerreros y doncellas y matronas  
 Y esclavos negros, y hasta cien camellas  
 Que su dote conducen y sus joyas.

Bella, Howara aparece; la alegría  
 Su semblante purísimo colora,  
 Y Abderrahman recibela gozoso  
 Y gozoso le ofrece su corona.

¡Con qué placer se abrazan! las estrellas  
 Fueron al fin de entrambos protectoras;  
 Al fin los hados porvenir dichoso  
 Bajo el cielo de España les otorgan.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

CONSEJERÍA DE CULTURA

UNTA DE ANDALUCÍA

Aun largo tiempo despiadada guerra  
 Ensangrentó las villas españolas,  
 Mas siempre fiel á Abderrahman ilustre  
 Con sus laureles ciñe la victoria.

Y cuando al fin la turba de enemigos  
 Se disipa cual nube destructora,  
 Cuando la paz sus alas estendiendo  
 De blanca nieve y de brillante rosa,

Hace que el bien renazca venturoso  
 Y es á los pueblos que la guerra asola,  
 Lo que á los campos que abrasara estio  
 Del otoño las brisas bienhechoras,

Abderrahman magnánimo levanta  
 Espléndida mezquita suntuosa, (16)  
 De quien tendrá la de Damasco envidia  
 Y que aun al mundo sin igual asombra.

Digno templo de Alláh; de sus columnas  
 Por sílfides labradas seductoras  
 Múltiples calles véense, que semejan  
 Gran laberinto, selva portentosa.

El limpio bronce de sus puertas brilla;  
 Sobre los muros que el esmalte orna,  
 Lindas guirnaldas árabes se mezclan  
 Con inscripciones y leyendas moras.

Alicatado pavimento luce,  
 Y de sus bellas y labradas bóvedas,  
 Lámparas ricas de alabastro penden  
 Que sus fulgores lanzan misteriosas.

Opulenta mezquita que semeja  
 La que el orgullo de la Meka forma;  
 Que del famoso Emir el poderío  
 En tiempos remotísimos pregoná.

¡Mas ay! que aunque el renombre victorioso  
De Abderrahman á los Muslitas honra,  
Aunque amantes sus pueblos le bendicen,  
Aunque admiran sus triunfos y sus obras,

Melancólico y triste, cuando oculta  
Su disco el sol entre las nubes rojas,  
Sobre alminar que dominara esbelto  
La huerta de *Ruzafa* deliciosa, (17)

Una palmera solitaria admira  
Que plantó de la Siria cual memoria,  
Y su verde follage contemplando  
Vuelta hácia Oriente la mirada ansiosa,

Piensa en los campos que nacer la vieran;  
Á sus gratos recuerdos se abandona,  
Y estos versos suavísimos diciendo  
Por sus desiertos y sus padres llora.

---

«Tú también insigne palma (18)  
Eres aquí forastera;  
De Algarbe las áuras dulces  
Tu pompa halagan y besan.



En suelo fecundo arraigas,  
Y al cielo tu cima elevas;  
Mas lloraras triste llanto  
Si cual yo sentir pudieras.

Tú no sufres contratiempos  
Como yo, de suerte aviesa;  
Á mí, de pena y dolores  
Continuo llanto me anega.

Con lágrimas he regado  
Las palmas que *Forat* riega;  
Pero las palmas y el rio  
Se olvidaron de mis penas,

Cuando mis infaustos hados  
Y de Alabas la fiereza,  
Me forzaron á dejar,  
Del alma las dulces prendas.

Á tí de mi pátria amada  
Ningun recuerdo te queda;  
¡Pero yo triste no puedo  
Dejar de llorar por ella!...»

---

Y del ilustre Abderrahman primero  
Aquí termina la brillante historia;  
Por su virtud los pueblos le adoraron;  
Ciñó por ella la real corona.

Padre fué de los ínclitos Califas  
Que el Islamismo honraron con su gloria,  
Y le lloraron al morir los suyos,  
Como á los buenos principes se lloran.

Bendito aquel que protegió su vida;  
El que á sus huestes diera la victoria;  
El que los mares poderoso calma;  
El que los prados coronó de rosas...

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

El presente libro es el resultado de un trabajo conjunto de los autores y de la Consejería de Cultura, que ha permitido reunir en un solo volumen los textos de los cantos que se cantaban en la Alhambra y en Generalife.

# A S T A P A .



JUNTA DE ANDALUCÍA

CANTO.  
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

## I.

¡Ángel custodio de la pátria mia!  
Haz que cante á los inclitos iberos,  
Que osaron fuertes en lejano dia  
De Roma resistir á los guerreros.  
Haz que ensalce la noble bizzarria  
De los hijos de Bética altaneros,  
Y que cantando tan heróica hazaña,  
Cante la gloria de mi grande España.

## II.

Génio inmortal que de laurel sagrado  
Coronas de los héroes la frente;  
Á quien invoca intrépido el soldado  
Cuando á la lid arrójase valiente:  
Tú que fuiste do quiera venerado  
Por la española y por la estraña gente,  
Tú que á través del piélago profundo  
Bajo tus alas cobijaste un mundo,